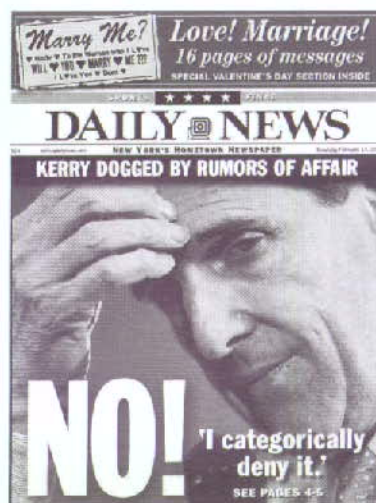


El mundo en etapa de espera

Demetrio Boersner

Los primeros dos meses de 2004 se caracterizan, de manera general, por la sensación de que el mundo está urgido de cambiar sus paradigmas y sus políticas, pero que aún no se han definido las recetas sustitutivas, ni tampoco han aparecido los dirigentes políticos capaces de aplicarlas. Tanto en las Américas como en Europa y Asia, los pueblos critican estructuras y tendencias socioeconómicas tradicionales y anhelan avances hacia algo nuevo, pero están divididos y confundidos con respecto a los eventuales remedios salvadores. Asimismo, en todas partes existe un alto grado de temor ante la posibilidad de que la violencia o el terrorismo se incrementen por efecto de las incertidumbres y frustraciones.



Estados Unidos:

¿La Hora de John Kerry?

El presidente George W. Bush y su Partido Republicano se enfrentan a un desafío preelectoral fuerte por parte del Partido Demócrata, actualmente ocupado en seleccionar su candidato para la primera magistratura en las elecciones de noviembre del 04. Como se recordará, Bush llegó a la presidencia con una minoría de la votación popular y a través de un recuento final de los votos estatales plagado de anomalías y cuestionamientos. En sus primeros ocho meses de ejercicio, fue objeto de un desprecio y unas burlas descomunales, que reflejaban el rechazo de la mayoría. Súbitamente, los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 hicieron cambiar la situación. Con una habilidad política que nadie puede negar, el señor Bush aprovechó la reacción patriótica de su pueblo para convertirse en figura de líder combativo y admirado. La intransigencia unilateralista que adoptó en su manejo de la guerra contra el terrorismo le granjeó por cierto tiempo el apoyo de unas mayorías deseosas de acción enérgica y cansadas de la len-

titud de los mecanismos multilaterales. En ello le fue muy útil el apoyo inmediato y total del primer ministro británico Anthony Blair, que hizo resurgir un sentimiento de identidad y solidaridad anglosajona frente al resto del mundo.

Por otra parte, la guerra contra el terrorismo puso al presidente Bush a salvo del descontento que sentía el pueblo norteamericano por la contracción o estancamiento de la economía durante los pasados tres o cuatro años. Los aparentes éxitos militares y políticos en Afganistán y en Irak neutralizaban un tanto las malas noticias económicas y sociales.

Pero desde hace medio año, la popularidad presidencial ganada en las acciones antiterroristas ha estado bajando. La resistencia iraquí a la ocupación angloamericana ha sacudido a gran parte de los estadounidenses, y los está llevando quizás a una gradual comprensión del hecho de que el nacionalismo combativo de árabes y

musulmanes no es obra de unos pocos líderes antioccidentales fanáticos, sino que constituye el fruto de un historial de humillaciones infligidas al Tercer Mundo por un Primer Mundo, materialmente rico y poderoso, pero deficitario en auctoritas cul-

tural y moral.

En el Partido Demócrata —moderadamente progresista por cuanto mantiene vínculos orgánicos con los trabajadores, con la clase media de ingreso modesto, con las minorías étnicas y con la intelectualidad de pensamiento social generoso, además de identificarse con la tradición económica dirigista proveniente del Nuevo Trato de Franklin Roosevelt—, la ofensiva contra la política de Bush en materia exterior y económica inicialmente fue encabezada por el dirigente político Howard Dean, de lenguaje un tanto radical y agre-

sivo, mirado con desconfianza por el ala moderada de la corriente demócrata. Luego, las primarias o asambleas de delegados del partido, celebradas en varios estados importantes, sorprendentemente desmintieron las encuestas y las opiniones mediáticas favorables a Dean, y colocaron en el primer puesto entre los precandidatos demócratas a John Kerry, experimentado dirigente político de la Nueva Inglaterra, quien ahora aparece como el hombre que más probablemente se medirá con Bush y competirá con él por los votos del amplio sector de electores flotantes, centristas e indecisos entre los dos grandes partidos norteamericanos. Quedó fuera del juego, y optó por retirarse definitivamente de la vida política, el recto senador Richard Gephardt, de pensamiento laborista y cercano a la confederación sindical AFL-CIO.

Se puede prever, lamentablemente, que la campaña electoral carecerá de ideas o propuestas de calidad, y que tendrá carácter personalista y probablemente sucio. En lugar de esbozar doctrinas sociopolíticas de altura, los contrincantes se limitarán a utilizar argumentos ad hominem encaminados a poner en duda la honestidad o la hombría del adversario. Con ello, tenderá a desacreditarse aún más la democracia capitalista occidental ante los ojos de los excluidos y descontentos del mundo periférico.

América Latina entre avances y retrocesos

A partir de la cumbre hemisférica extraordinaria de Monterrey, analizada en nuestro artículo del mes pasado, está relativamente claro el panorama de las relaciones interamericanas. Las presiones estadounidenses a favor de una adopción rápida y uniforme del Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA) fueron contrarrestadas por la estrategia suramericana encabezada por Brasil, de lograr que el esquema se flexibilice y que no esté sujeto a plazos absolutamente perentorios. Según los parámetros de Monterrey, vamos hacia una integración comercial hemisférica por etapas y de modo diferencial según

la subregión o la nación interesada. Será una apertura comercial negociada, con salvaguardias diversas, y a velocidades variables. Especialmente, dejará espacios abiertos para la integración regional latinoamericana, incluida la unión entre CAN y Mercosur, y para la continuada ampliación de los intercambios de nuestra región con Europa y Asia.

Por otra parte, quedó en claro el efecto perturbador que, para ese proceso de reafirmación regionalista latinoamericana frente a los diversos factores de poder del Norte, puede tener el radicalismo discursivo de la corriente Chávez-Castro que da aliento a movimientos sociales y políticos extremistas y violentos, provocadores de posibles intervenciones imperiales represivas. Como en algunas etapas históricas pasadas, existe en América Latina una contradicción estratégica y táctica entre el realismo progresista reformista y el utopismo voluntarista pseudo-revolucionario.



Europa ante Grandes Retos

Europa Occidental, en el transcurso de los pasados quince años, aceleró al máximo su admirable proceso de integración regional. Al extender sus esfuerzos unitarios del ámbito económico al social y político, transformó la Comunidad Europea en Unión Europea volcada hacia la búsqueda de un orden institucional y una política exterior comunes. Unificó sus normas jurídicas fundamentales con respecto a la democracia, los derechos humanos y las libertades cívicas. Echó las bases de una ciudadanía europea común. Coordinó sus mecanismos de seguridad. En lo económico y lo fiscal, estableció normas conjuntas para todos sus Estados miembros, creó el banco central regional y dio el paso trascenden-

tal hacia la moneda europea única. Entabló conversaciones con los países de Europa central y oriental liberados de la dominación soviética, y estableció los mecanismos conducentes a la ampliación de la Unión hacia el este mediante el ingreso a su seno, por etapas, de los Estados ex comunistas. Igualmente se abrieron las puertas a dos países mediterráneos, Malta y Chipre, y se considera el posible ingreso de una Turquía capaz de alcanzar un mejor nivel de derechos humanos.

No es sorprendente que un esfuerzo tan grande y tan sostenido haya causado una cierta fatiga en los pueblos y gobernantes europeos occidentales. Sobre todo en la actual etapa de contracción y de síntomas recesivos en la economía mundial, es tal vez natural que Europa sienta la necesidad de una pausa para reflexionar, superar contradicciones y desacuerdos internos, y cobrar aliento antes de acometer desafíos nuevos.

Uno de esos desafíos es el mantenimiento de la disciplina fiscal adoptada por la Unión, que exige a los países miembros no apartarse más de un 3 por ciento de los cánones fijados para evitar los déficits presupuestarios. En el año pasado, tanto Francia como Alemania, y otros más, sobrepasaron este límite y las autoridades europeas se lo aceptaron por tratarse de un año económico excepcionalmente difícil. Aunque ello alarmó a los defensores celosos de la ortodoxia monetaria y fiscal, otras fuentes opinan que sencillamente se está introduciendo una razonable flexibilidad en la normativa fiscal de la región y que no hay razón para temer que se estén resquebrajando las bases de su unidad esencial.

Otro desafío es el que constituye la división de la Unión Europea entre Estados grandes y pequeños, y naciones más ricas y más pobres. En las recientes discusiones sobre el proyecto de Constitución Europea, elaborado por una comisión presidida por el ex presidente francés Valéry Giscard d'Estaing, las contradicciones entre grandes y pequeños, ricos y pobres, en materia de representación política y de gobierno de la Unión hicieron imposible un acuerdo. En realidad,

ello no debería alarmar a nadie, considerando el enorme camino positivo recorrido en el último medio siglo.

En tercer término, existe el gran problema de las relaciones presentes y futuras de la Unión Europea con el resto de las potencias del mundo y, sobre todo, con los Estados Unidos de América. Francia y Alemania, dos países fuertes, ligados desde el fin de la segunda guerra mundial por el solemne compromiso de mantener una relación de amistad y confianza especiales a fin de enterrar para siempre su enemistad anterior, han adoptado una actitud contraria a la política exterior de la Norteamérica de Bush, y defienden en principio la idea de una Europa geopolíticamente diferenciada de Estados Unidos, autónoma en un mundo de equilibrios de poder. (En el caso de Alemania, esa posición obedece un tanto al interés del canciller federal Schroeder de compensar su política interna de concesiones al neoliberalismo con una política exterior "progresista", en tanto que Francia observa esta línea desde los tiempos del general Charles de Gaulle). Por el otro lado Inglaterra, junto con España y varios otros países, defiende el concepto "atlantista": alianza de todo el Occidente, con EUA a la cabeza, a través de la OTAN y otros mecanismos.

En relación con este problema geoestratégico, el desafío máximo será el de manejar a la vez con firmeza y con flexibilidad la ampliación de la Unión hacia el este. Centenares de miles de europeos pobres de la porción oriental del continente esperan poder gozar de todos los derechos migratorios y sociales de los europeos occidentales. Es imposible que ello se les otorgue en forma inmediata, ya que provocaría reacciones xenófobas demasiado fuertes y feas por parte de sectores del oeste afectados por el desempleo o por el temor al mismo. La cuestión está preñada de futuros desencantos y conflictos previsibles. Por la falta de grandes impulsos humanistas o solidarias en el mundo de hoy, es posible que por momentos surjan brotes neofascistas preocupantes.

Otro motivo de posible rechazo a los europeos del este por par-

te de los del oeste, reside en el pronomericanismo de los primeros. Los pueblos liberados de la dominación soviética consideran a los Estados Unidos, con su demostrada firmeza anticomunista, como sus liberadores y sus verdaderos amigos, mientras reprochan a los europeos del oeste su "blandura" y su ambivalencia demostradas durante la guerra fría. Los intereses económicos y estratégicos estadounidenses conocen esta realidad y se han aprovechado de ella, realizando grandes inversiones en Europa central y oriental e incorporándola sólidamente a su sistema de seguridad, de inteligencia y de influencia diplomática. Por ello, los europeos occidentales más autonomistas miran con crecientes reservas el futuro proceso de ampliación.

El desafío máximo será el de manejar a la vez con firmeza y con flexibilidad la ampliación de la Unión hacia el este. Centenares de miles de europeos pobres de la porción oriental del continente esperan poder gozar de todos los derechos migratorios y sociales de los europeos occidentales.